

## SIRACUSA. Lucía Luca y el arquitecto alemán

Siracusa, Sicilia oriental.

Cuatro africanas tumbadas en el asfalto formaban una cadena humana que cortaba el tránsito de la Plaza Arquímedes, entre la fuente de Diana y la Prefectura. A Ulli le sorprendió que vistiesen tejanos ajustados y chales de colores, y sobre todo que nadie hiciese caso de ellas, mientras dos municipales, en medio de la calzada, se limitaban a desviar los coches en dirección a la Vía Amalfitana. Tres agentes más, dos chicos y una chica, permanecían plantados frente al edificio con la oreja pegada al móvil.

– ¿Qué ocurre? ¿Por qué nadie hace nada? –le preguntó a Lucía.

– Descuida, que ya deben haberlo hecho. Ellos no tardarán en llegar.

Al poco rato cuatro coches de la policía de Estado surgieron a toda velocidad de la vía Roma, frenaron con dureza sobre el pavimento de piedra que reflejaba las luces de la plaza, apagaron las sirenas, y sus dotaciones se precipitaron sobre las subsaharianas. Sin mediar palabra, intentaron meterlas en los coches, pero enseguida se dieron cuenta que hubiesen hecho falta más efectivos para llevar a cabo aquella tarea que no era tan sencilla como habían imaginado sus superiores.

Las chicas empezaron a chillar al modo de su país, con una dramatización coral visiblemente premeditada. Cuando un policía sujetaba a una por la espalda, la joven, flexible como un junco, unía los brazos por encima de la cabeza deslizándose hasta el suelo para zafarse del abrazo policial. El otro agente, que la sujetaba por los pies, tenía que soltar la presa para no arrastrarla delante de la gente que se iba incorporando poco a poco al espectáculo.

Al bajar entre los brazos del policía, la blusa se quedaba atrás, mostrando los pechos desnudos. Para los transeúntes que se arremolinaban alrededor de la fuente de la plaza Arquímedes, en la península de la Ortigia, el barrio más antiguo de Siracusa, la imagen visual era de extrema violencia, como si los agentes quisieran desnudarlas.

– Eso, ¡ya sólo faltaría que las violasen! –exclamó alguien.

– ¡Yo no hago más que cumplir con mi deber! –respondió un caporal de carabinieri con la cara enrojecida y la voz quebrada, desbordado por el cariz que tomaban los acontecimientos.

Una de las chicas se dejaba meter en el coche con aparente sumisión y al rato salía por la otra puerta, sin apartarse del teléfono móvil. Era la líder del grupo. Las otras tres seguían chillando como locas, cada vez más histéricas, retorciéndose en el suelo oscuro, mojado por el agua de los surtidores de la fuente, entre los coches de la policía y las gorras de los agentes, que intentaban una y otra vez meterlas en los coches.

– ¡Está totalmente prohibido interrumpir el tránsito en la vía pública! –gritó un policía encarándose a unos *progres* que protestaban.

– Cierto, pero bastaba con conducir las a las Hermanas y las chicas hubieran seguido. Yo soy periodista y estoy en desacuerdo con esta actitud tan prepotente... –manifestó un hombre de pelo blanco que había recriminado al policía.

– Si es usted periodista vaya mañana con su denuncia a la prefectura, o mejor, publique su opinión en el periódico –terció otro, en tono más bien irónico.

– Estas chicas saben muy bien lo que hacen –comentó Ulli a Lucía.

Se formaban coros y todo el mundo expresaba su opinión. Una señora bien vestida, agitaba el bolso y en su parlamento, Ulli percibió un comentario sobre la mafia.

– Lucía, no entiendo el siciliano. ¿Qué ha dicho esta señora? Esta tarde he visto a muchos africanos en la carretera charlando y riendo con sus chicas, como si fuesen de excursión. También he leído que en el casco antiguo de Agrigento van a la caza de inmuebles vacíos. Dime: ¿Qué ha dicho esta señora sobre la mafia? ¿Qué tiene que ver la mafia con los ilegales?

– Mira Ulli, nosotros no somos racistas. Hace siglos que nos casamos con extranjeros. Desde aquí se ve Túnez a ojos desnudos. Mi abuela misma era tunecina y mi abuelo palermitano. Mis padres se fueron a Milán, donde viven y mis dos hermanos también; un chico y una chica. Yo soy la mayor. A los veinticinco años volví a Siracusa, donde había nacido. Por esto me llamo Lucía. Me gustaría enseñarte su iglesia. Hay un Caravaggio. Podríamos ir mañana, que es domingo y tengo fiesta.

>Lo que ocurre es que aquí no hay apenas trabajo, por esto los cientos de extracomunitarios que nos llegan en botes desde Pantelaria pretenden subir hacia el norte. Acogerlos nos cuesta 80 euros al día cada uno.

>Sicilia es una dictadura de los políticos y del poder judicial. Hacen detenciones, dan la culpa a la mafia, y todo sigue igual. Aquí hay pobreza, y donde no hay dinero no hay mafia. Un funcionario cobra seiscientos euros al

mes y un pensionista entre tres y cuatrocientos. ¿Cómo puede una familia vivir con esto?

>La mafia solo interviene cuando detecta un intento de entrada de droga a través de la ruta africana. Si no, no tiene nada contra los emigrantes.

>Vamos a cenar Ulli, hay un restaurante cerca, en la Vía Maestranza, la Tasca d'Almerial, realmente bueno. Allí podemos seguir hablando. Ya estoy cansada de esta escena y presumo que todo acabará cuando lleguen refuerzos. Esta pobre gente sólo busca un techo para dormir.

.....

La fachada del enorme edificio estaba cubierta por obras de remodelación, como muchas otras en la Ortigia. De no ser por Lucía no hubiese nunca encontrado la entrada, apenas perceptible en medio del andamiaje de la obra. El patrón les ofreció escoger entre varias mesas. Ulli sugirió una, en un rincón, al fondo. Nada más entrar en el segundo comedor, toparon de cara con cuatro hombres de mediana edad, que ya estaban cenando. Uno de ellos, se levantó para saludar a Lucía, que se adelantó hacia el grupo para hacer las presentaciones y dirigiéndose a Ulli declaró:

–Te presento a Ugo Pagano, mi asociado en la Agencia. Ugo, éste es Ulrich Zimmermann, arquitecto. Está en Sicilia asesorando al Centro internacional de estudios del barroco de Erice y ha venido a conocer Siracusa, que le encanta. Nos hemos conocido esta tarde en el Palazzo Bellomo.

El siciliano besó a Lucía en la mejilla y les presentó al grupo, que ya se había puesto de pie.

– Ésta es Lucía Luca. Aquí Vizenzo Mattei, Cataldo Faraci y un compatriota suyo Herr. Zimmermann; el promotor Ludwig Güring, de negocios en Sicilia.

Una vez se hubieron estrechado las manos, los alemanes cruzaron dos frases en su idioma.

– Grandes negocios ahora en Siracusa. Le deseo suerte Herr. Zimmermann.

– Gracias Herr. Güring –respondió Ulli para no contradecirle.

Una vez ocupada su mesa, y siempre siguiendo las recomendaciones del patrón y de la misma Lucía, ordenaron la cena y la pareja retomó la conversación allí donde la habían dejado.

– Dices que tu país es un estado policial y la gente no se rebela. Yo creo que en el sur ya lleváis un montón de siglos protestando contra los sucesivos

gobernantes y os habéis resignado a ser súbditos en vez de ciudadanos — empezó Ulli con ánimo conciliador.

– De cada cuatro que aquí trabajan, uno es funcionario. Éste es el mal de nuestra isla. La gente son como borregos, nadie se rebela, el que tiene iniciativa se pierde entre una maraña de permisos y burocracia. Es un país precioso, pero nuestros gobernantes no lo aman, porque ellos ya están bien.

>Pronto nos dimos cuenta de que la unión de Italia no era más que una maniobra de la burguesía del norte para ampliar sus mercados sin aranceles. Y de que Garibaldi era un ególatra aventurero al que ayudaron los hijos de papá de la isla.

– Pijos y románticos –sugirió Ulli– que había oído hablar del 68.

– Exactamente. El resultado de esta desconfianza con el Estado es el origen del clientelismo. La costumbre es esta: tú me haces un favor y yo te hago otro. Los amigos aquí cuentan mucho. A esto le llamamos “tener santos en el Paraíso”. Mientras tanto, el Estado vende la idea de la mafia. Es nuestra leyenda negra. Le echan la culpa de todo, y la culpa la tienen los políticos que no aman el país.

Llegado este momento Ulli quiso explicarle su tropiezo de la noche anterior, para saber de una vez por todas que podía haberle sucedido.

– Ayer por la tarde, cuando alquilé el coche en Erice para venir hasta aquí, calculé mal las distancias y al llegar a un pueblo llamado Partinico, o algo parecido, se hizo de noche antes de lo que había previsto. Decidí detenerme en una gasolinera y preguntar. Sentados frente al bar, me encontré a dos hombres.

– En Corleone no hay hoteles y en Partinico sólo uno, el de Pietro Viola. La carretera son todo curvas y el pavimento ondulado–, aseguraron.

>Cruzaron un par de frases en siciliano y uno de ellos, el más joven, se despidió de su chica con un beso a través de la ventana del bar. Me indicarían el camino al hotel. Subieron los dos en un auto azul oscuro y me dispuse a seguirles. Cuando no había ningún coche en medio, giraron a la derecha por una carretera asfaltada pero estrecha. Un indicador rezaba: “Contrada...”. Entonces sospeché.

>Quizá eran imaginaciones mías, pero lo más sensato sería desistir. Aflojé para crear distancia, cuando pude frené y, aprovechando un camino lateral, hice la maniobra. Encomendándome a la Virgen del Espasmo aceleré como un loco en dirección contraria, poniendo carretera de por medio. Al poco llegué a un lugar habitado. Me indicaron el mismo hotel, el Viola. Pregunté si no había otro. Lo negaron, así que me dispuse al sacrificio. Encontré el sitio de milagro y aparqué enfrente. Sólo había un coche, el del dueño

probablemente. Cerré el precio con él, le entregué el DNI y subí a la habitación a descansar. Al poco oí unos ruidos tremendos. “*Aiutamicristo*”, susurré. Mantuve la calma. Al bajar para la cena me contaron que eran vendedores de zapatos que iban a una feria no se donde. Luego, me dormí sin dificultad.

>A la mañana siguiente decidí reconstruir los sucesos a la luz del día para salir de dudas. Llegué a la gasolinera y constaté que la carretera que habían tomado iba en dirección totalmente contraria al hotel, sin posibilidad de que se tratase de un atajo. El camino que habían enfilado conducía a las montañas.

– Bueno –dijo Lucía encogiéndose de hombros–, vete tú a saber. La gente del Corleonese tiene muy mala fama. En muchos pueblos de Sicilia se dejan las puertas abiertas por la noche, pero allí no. Es posible que te hubiesen pedido dinero. Otra cosa no.

Mientras hablaban, llegaron a los postres. Ulli estaba encantado con Lucía. Era como si se hubiesen conocido siempre. A ambos les gustaban las mismas cosas: la belleza, el arte, el trabajo creativo. Le mostró algunas fotos en su cámara digital de las iglesias de Erice en cuya restauración estaba interviniendo como especialista en nuevos materiales de patente alemana para la B.B.C.C. del Gobierno Regional.

– Ésta es la Iglesia de San Alberto *dei Bianchi* y ésta la de San Martín, que hemos acabado ahora. Mira, ahora viene un travelling de la escultura de “San Martín a caballo y el pobre”, del quinientos. Ya verás que maravilla.

Ambos quedaron embelesados, mudos ante tanta belleza, sus manos se encontraron y permanecieron enlazadas hasta la llegada de los postres.

Los higos chumbos, pelados y troceados, compartían el plato con un palosanto y una ciruela azul, igualmente cortados en pedacitos y un trozo de melón sin corteza, dispuestos alrededor de un racimo de uvas enormes.

Entretanto, los amigos de Lucía abandonaron el local, no sin antes pasar a despedirse. Ulli observó que los sicilianos se besaban con el patrón en las dos mejillas, una costumbre heredada sin duda de los árabes, pensó.

– Espero que volvamos a vernos –le dijo el tal Ugo–. Lucía es una buena chica, y muy lista para los negocios.

–Tenga cuidado con ella –añadió bromeando, mientras le estrechaba la mano efusivamente.

Ahora le tocaba el turno a Ludwig Güring.

– Hasta la vista Herr. Zimmermann –exclamó el promotor, asiéndole el hombro con la mano izquierda mientras que con la otra apretaba la del arquitecto con vehemencia.

.....

Lucía llevó a Ulli al Biblios Caffé, una librería cafetería cerca de la Plaza del Duomo. Allí Ulli le habló con entusiasmo del sentido del ritual en las antiguas liturgias, del poder de la luz para crear drama, y de cómo la utilizaban los arquitectos del barroco, de su amistad con el Obispo de Stuttgart, que le había recomendado a Monseñor Clodomiro Testaferrata. Ella le escuchaba atentamente punteando sus explicaciones con oportunos comentarios. A veces parecía que acababa sus frases. En un momento dado tomó la iniciativa.

– Aquí en Siracusa he trabajado duro. He logrado una posición aceptable en el mundo inmobiliario. La agencia está un poco más allá, en la Vía Roma. Mañana podemos ir, aunque sea domingo. Te mostraré los palacios que hemos comprado. Dentro de unos años serán hoteles. Ahora, con la crisis, todo está en venta, y nosotros estamos consiguiendo edificios a buen precio.

>Un día van a terminar la autopista y construirán el Puerto Turístico, del que ya se ha puesto la primera piedra, la Terminal para los grandes cruceros en el muelle de San Antonio, el Parque lineal costero, el Parque natural de la Península de la Magdalena y la carretera sobre la ex línea del ferrocarril. Y por último, el aeropuerto.

>Cuando estos proyectos sean una realidad, la crisis habrá pasado y la Ortigia será un destino privilegiado para el turismo de calidad. Ya has visto los precios en el Algilà, donde te alojas. Y está abierto hace sólo cinco meses. El Palazzo Battaglia, que se halla justo al lado, lo hemos comprado nosotros.

– Si, los precios son altos y la gente los paga. El recepcionista del Algilà, que habla alemán, me ha asegurado que estaban sorprendidos; tenían Octubre y Noviembre prácticamente llenos. Y el Domus Mariae, el palacio gótico de las monjas ursulinas, donde pregunté primero, estaba completo.

En el Caffé sonaba el *“Ti amo”*, un viejo tema de Umberto Tozzi.

.....

La casa de Lucía estaba en la primera planta de un inmueble con balcones de “pecho de oca” situado en la vía Maestranza, un poco mas abajo de la Tasca de l’Almerial, donde habían cenado, en dirección al Belvedere San Giacomo.

– Arreglé la casa hace tres años. La planta baja todavía no. Aquí he creado mi ambiente. Este es Torete, es muy cariñoso y me sigue por todas partes. Me hace mucha compañía.

Ulli miró al conejo, un precioso ejemplar blanco y negro con las orejas caídas, y mientras ella se agachaba para acercarle un puñado de hojas de zanahoria entre las rejas de la jaula, recorrió cada rincón de la estancia con la mirada. El espacio había sido liberado y sólo se habían respetado las paredes maestras. El conjunto tenía vocación de loft. Muebles antiguos y modernos convivían en él sin dificultad. Colgado encima de una cómoda del ochocientos, un cuadro antiguo llamó la atención de Ulli.

– Esta Santa Magdalena se parece mucho a ti.

– Me lo ha dicho mucha gente. Yo no me había dado cuenta cuando lo compré, pero seguro que fue esta semejanza la que me atrajo.

Había observado poco el físico de la chica, la verdad. Ni tampoco estaba seguro de si le gustaba. No había siquiera pasado por su cabeza la idea de una aventura. Fue el cuadro que le hizo establecer semejanzas. A veces la naturaleza imita al arte, pensó.

La santa reposaba con la cabeza echada hacia atrás en señal de abandono. Desnuda de cintura hacia arriba, una larga cabellera de pelo castaño con reflejos dorados cubría un seno y el otro asomaba entre los bucles. Eran pequeños y en punta, los brazos algo carnosos y el cuello de un color nacarado que invitaba a ser mordido.

Ella le corrigió con dulzura mientras se empezaba a desabrochar los botones de la blusa con toda parsimonia.

– No es la Magdalena, es Santa Rosalía, patrona de Palermo. Por esto están todas estas rosas levitando a su alrededor.

Tanto daba si era Magdalena como Rosalía; a aquel primer mordisco siguieron muchos, muchos más y así les sorprendió la aurora, cansados y unidos en un sólo cuerpo.

. . . . .

Domingo por la mañana. El tránsito había casi desaparecido.

– Eres un artista de verdad, Ulli, porque, no se..., tienes aquello que hay que tener. Y un arquitecto extraordinario. Es fantástico lo que haces. Sospecho que tienes dinero de familia, y tu trabajo ya te está bien, pero no me digas que no sería genial emplear nuestros talentos juntos.

>Aquí en la Ortigia tendrías un proyecto maravilloso, de aquellos que dan sentido a una vida. Tienes cuarenta años. Si no lo haces tu, lo harán otros y no tendrán tu capacidad y tu sentido del arte, de lo mágico, de lo invisible, que solo un artista sabe como hacerlo visible, para que la gente, al verlo, lo reconozca. ¿Qué es lo que esperas?

Así hablaba Lucía, y sus palabras iban poco a poco haciendo mella en el ánimo de aquel hombre que unas horas atrás vivía establecido en una confortable rutina, y que ahora empezaba a creer de nuevo en si mismo. Cada minuto que pasaba se sentía más inconfortablemente vivo.

A mediodía subieron al solarium, de donde se divisaba una amplia panorámica que abarcaba desde el castillo Maniace en el extremo de la isla, hasta la gran Siracusa, la ciudad que en tiempos triplicaba la población actual. Por encima de los tejados, la vista del arquitecto sobrevolaba palacios y más palacios. Nunca tuvo una excesiva ambición, pero esta vez estaba convencido. El amor y la muerte, pensó, son las dos únicas cosas que cambian el curso de la vida.

Así que, tal como Lucía le había propuesto, mañana mismo haría una visita a Giambattista Lo Manta, político relevante que estaba interesado en invertir en los proyectos hoteleros de la Ortigia. Lucía concertaría la entrevista en Palermo, a la hora de comer. Él se postularía como arquitecto estrella del proyecto impulsado por Lucía y sus asociados.

Ulli llamó al Algilà avisando que recogería su bolsa de viaje por la tarde antes de partir. Aunque el trayecto, vía Catania y Enna, era todo autopista, seis horas no se las quitaba nadie hasta llegar a Erice. Allí debía recoger sus planos en el hotel Moderno y asistir por la mañana del lunes al último encuentro con los contratistas en el Centro. Y después tomar un taxi para llegar a Palermo a las cinco, donde tenía una cita en el palacio arzobispal para despedirse de Monseñor Testaferrata. En medio habría que encontrar tiempo para ver a Lo Manta.

Cuando salían de la casa de Lucía notó que la chica estaba triste, más triste de lo normal, sin duda. Caminaron hasta la vía Roma. Al llegar al inmueble de oficinas junto al Banco de Sicilia, Lucía abrió la puerta del edificio y subieron un tramo de escalera hasta la agencia inmobiliaria. Se dirigió hacia un archivador del que sacó un cuaderno que contenía una memoria de la Ortigia, impresa digitalmente y muy bien encuadrada, explicando su historia, las infraestructuras proyectadas, y las fotos de los palacios adquiridos por el grupo para convertirlos en hoteles.

– El Sr. Lo Manta ya ha demostrado interés en nuestro proyecto y está dispuesto a invertir. En cuanto sepa la hora de la entrevista te llamo.

Acompañó a Ulli al Algilà a recoger su equipaje y después hasta el auto. Ella seguía triste. Demasiado triste. A Ulli le pareció que iba a decirle algo.



–Lucía, ¿Ocurre algo?

– Nada Ulli, no ocurre nada. Es que me da pena no poder acompañarte pero mañana me espera un día de infarto. Todo irá bien. Quiero que sepas que te quiero.

– Conseguiré este trabajo, lo conseguiré para los dos.

Tras oír estas palabras, los ojos de Lucía reflejaron un profundo sufrimiento interior. Por su mejilla resbaló lentamente una lágrima mientras Ulli arrancaba y emprendía el camino a Palermo.

.....

Todo el viaje estuvo pensando en los sucesos de Ortigia. Dejó atrás Palermo siguiendo por la autopista hasta llegar a Trapani. Ya había oscurecido. Emprendió una vez más la inacabable subida que le conduciría hasta Erice. Aparcó delante del Duomo. Cenó un cus cus de pescado en el restaurante de la Plaza del Centro. Carísimo, como todo en aquella isla. Decididamente había dos Sicilias, la de los nativos, de salarios y pensiones de hambre y la que vivía de explotar a todo turista que llegase allí. Y sin embargo los turistas llegaban. Y era un turismo ávido de confort y cultura, que allí podían darse la mano. Lo que faltaba era infraestructura, pero esto sería cuestión de tiempo.

Al llegar al hotel, sintió el doloroso vacío de la soledad y llamó a Lucía antes de la hora que habían convenido.

– Ya está todo arreglado. Lo Manta tiene mucho interés en conocerte. He podido localizarle esta tarde en su casa de Cefalú. Tiene que consultar la agenda de mañana en el palacio del Gobierno con su secretaria. Estará encantado de comer contigo. Si puede escaparse del trabajo a tiempo, la comida será en su casa. Un hombre de confianza pasará a recogerte en Erice, en la puerta de la Iglesia de San Martín, a mediodía, cuando hayas terminado tu entrevista en el Centro.

>No dejes de llevar la memoria del proyecto y los dossiers de tus intervenciones en Erice. Ah, se me olvidaba; he localizado una cruz bizantina de plata de una cierta antigüedad para la colección de Lo Manta. Ya te dije como funcionan las cosas en Sicilia. Favor por favor. Quiero decir que a Lo Manta le encantará el regalo.

>Tienes que recoger la cruz antes de las dos. Te la entregará el sacristán del Oratorio de San José *dei Teatini*, al lado de Quattro Canti. Dile al chofer que te espere en la acera. Entrás en la iglesia y el sacristán te estará esperando nada mas subir las escaleras.

>Después de la comida, el chofer de Lo Manta, que guardará tu equipaje, te acompañará al palacio del arzobispo y cuando termines la entrevista te ayudará a buscar un hotel de donde mañana por la mañana podrás tomar un taxi al aeropuerto de Falcone y Borsellino.

– Lucía, eres fantástica. Contigo las cosas difíciles parecen fáciles. Te llamaré tan pronto salga de la comida para explicarte como ha ido.

– Aquí estaré, amor mío. Que duermas bien y tengas felices sueños. Yo también pensaré en ti. Si tienes algún contratiempo llámame, estaré pendiente todo el rato. Buenas noches.

.....

Uli pasó en el Moderno la última noche en Erice. Estaba tan cansado que no tardó en entregarse al sueño, pero se despertó al día siguiente antes de lo acostumbrado. La RAI no hacía más que hablar sobre la crisis financiera. La bolsa seguía en caída libre y había perdido casi un cincuenta por ciento en lo que llevaban de año. En los periodistas se apreciaba la sensación de estar viviendo un momento histórico.

La niebla, la famosa niebla de Erice que a menudo cubría el castillo normando, el duomo y las empinadas calles del pueblo con sus cerca de treinta iglesias, había acudido aquel día puntual a la cita. Ulli se encaminó al Centro de Estudios del Barroco para reunirse con el arquitecto Vittorio Greco y los contratistas. Al terminar, esperó que sonasen las doce y el oficial corrió a avisarle que había llegado su auto.

Del Mercedes CDI negro, aparcado en el centro de la placita de San Martín, descendió un hombre joven, alto, cabeza rapada, con pantalón y chaqueta oscuros, que calzaba zapatos deportivos. Rodeó aceleradamente el auto por la parte de atrás y mientras el encargado flanqueaba la reja del pórtico del templo para que Ulli saliese, le abrió la puerta posterior y se presentó.

– Soy Marcello Sultano. Me envía el *signore* Lo Manta. Estoy a su disposición. ¿Quiere dejar el equipaje en el maletero?

– Sólo llevo esta bolsa de viaje y el maletín. Los conservaré conmigo para tenerlos a mano. Gracias.

El auto enfila rápidamente la autopista hacia Palermo. Ulli recuerda que han de pasar antes por el Oratorio de los Teatinos. Se lo dice a Marcello. Este asiente con la cabeza. Descienden por el corso Vittorio Emanuele hasta llegar delante del edificio. Con el auto aparcado en la esquina, Ulli sube rápidamente las escaleras que llevan de la puerta al interior y queda

impresionado por las dimensiones y la puesta en escena del oratorio que parece un teatro, con cortinajes rojos y balcones. En la penumbra espera un hombre que le pregunta sin mirarle a los ojos.

– ¿El señor Zimmermann? Aquí tiene el estuche con el camafeo que viene a recoger. Recuerdos a los de Caltanissetta.

Mientras empieza a bajar las escaleras en dirección a la entrada, la cabeza de Ulli va dando vueltas. Se detiene de golpe y vuelve sobre sus pasos para preguntar: ¿De qué camafeo habla? ¿No era una cruz de plata? Entonces se da cuenta de que el hombre ha desaparecido por una puerta lateral, detrás de un palco.

– Debe ser una confusión, piensa, mientras el chofer de Lo Manta le ve salir del Oratorio y se apea para abrirle la puerta.

– ¿A dónde vamos finalmente?- le pregunta al chofer mientras éste arranca.

– El señor Lo Manta le recibirá en su casa, en la carretera de Monreale. Aunque la entrevista estaba programada desde hace varias semanas por la secretaría del Arzobispado metropolitano, no he sabido hasta ahora mismo donde tendría lugar. Acaban de telefonarme para decírmelo. Vamos hacia allá.

Era demasiado. Una ola de sudor frío ascendió por el cuerpo de Ulli. ¿Una cruz de plata o un camafeo? ¿Una visita anunciada desde semanas antes con un señor cuya existencia ignoraba dos días atrás?

Sintió el mismo desasosiego que el pasado viernes en Portiani. Y de pronto recordó las palabras de Lucía cuando el incidente en la Plaza Arquímedes, a propósito de los emigrantes: “La mafia sólo interviene donde hay dinero”. Y en el maletín llevaba asuntos que implicaban mucho, muchísimo dinero. Sin duda las medidas de seguridad eran muy inferiores en una casa particular que en el palacio del Gobierno, y más si la entrevista está auspiciada por un Arzobispo. Entonces espetó al chofer:

– Marcello, pare un momento por favor, he recordado que tengo que hacer un pequeño recado más.

Cuando el auto se detuvo, Ulli agarró su bolsa de viaje y salió precipitadamente olvidando el maletín. Quiso volver atrás y recogerlo, pero pensó que ya era demasiado tarde. Solo tuvo tiempo de advertir al chofer de que no era responsable de su contenido, pero que fuese con cuidado, dicho lo cual se topó de frente con las escaleras que bajaban a la Vucchiria, las enfiló corriendo y atravesó precipitadamente el mercado, invadido por una sensación de pánico parecida a la que sintió la noche del atraco frustrado, pero más intensa, mucho más intensa.

Cuando llegó a la Iglesia de San Domenico, algo más sereno al ver que nadie le seguía, buscó el silencio del claustro para telefonar a Lucía. “El teléfono al que llama está desconectado o fuera de servicio”, repetía machaconamente la voz grabada. Quizá esté en la ducha, o conduciendo, pensó. La volveré a llamar en cinco minutos.

Eran las dos. Faltaban tres horas para la entrevista en el Palacio Episcopal. No sabía si debía ir. Llamó desesperadamente a Lucia tres o cuatro veces más. La respuesta era siempre la misma. Abandonando el claustro, encontró un discreto hotel, situado en un segundo piso en la misma Vucchiria. Allí nadie le iba a encontrar, pensó. Dejó su bolsa en la habitación, donde se repuso mientras daba vueltas a lo sucedido. Igual que había hecho después del atraco frustrado en el Corleonese, necesitaba evidencias. Así que, cuando faltaba media hora para las cinco, marcó el número de Lucía un par de veces más y al no obtener respuesta emprendió el camino hacia el arzobispado.

Aunque se sentía algo protegido entre la gente de la calle, no estaba nada tranquilo. Al traspasar la puerta del palacio se sintió más aliviado y una vez en presencia de monseñor Testaferrata indagó.

– Todo ha ido bien Monseñor. Hemos encontrado soluciones para los problemas estructurales de las iglesias de Erice. El trabajo ha sido completado con resultados satisfactorios. Sicilia cada día me gusta más y entiendo mejor a los sicilianos. Pero si me lo permite, desearía hacerle unas preguntas sobre un tema que me preocupa. Y la primera es: ¿Quién es el Sr. Giambattista Lo Manta?

– ¿Por qué lo quiere saber? –preguntó Testaferrata antes de responder.

Entonces Ulli le relató lo esencial de la historia:

– En Siracusa conocí a unos promotores que me animaron a entrevistarme con Lo Manta para presentarle una memoria de actuación hotelera en viejos palacios de la Ortigia, en la que yo actuaría como arquitecto. Lo que no comprendo es que dicen que la entrevista ha sido preparada por la oficina episcopal.

– Creo entender lo que ha pasado. Giambattista Lo Manta es un político de Palermo del que se sospecha tiene conexiones con la Mafia, y esto frena su ascensión al Senado. Hace unos años sufrió un atentado del que escapó de milagro, si bien creo recordar que murieron sus dos escoltas. Para contrarrestar esta imagen ha intentado en varias ocasiones acercarse a este arzobispado.

– Ya comprendo –repuso Ulli–, al venir la propuesta de la Iglesia, me recibiría con todo placer. Es increíble el poder que tienen ustedes en este país.

– Italia en el fondo necesita un rey y el Papa desempeña este papel, – prosiguió el arzobispo– por esto tenemos aquí tanto prestigio, el que necesita Lo Manta para contradecir la creencia general de que está en nómina de la Mafia.

>Es evidente que nuestra oficina de protocolo no ha concertado ninguna entrevista. Me inclino a pensar que para hacerlo se utilizaron impresos o correo electrónico falsos. Y de haber mediado confirmación telefónica significaría que en nuestro despacho tenemos una manzana podrida. Haré investigar a Pericoli y a Cipolla. Hace tiempo que sospecho de ellos.

>Mientras conseguían que Lo Manta le recibiese con el señuelo de que la idea venía de este arzobispado, le utilizaban a usted ofreciéndole una promoción para sus legítimas aspiraciones profesionales. Lo que no acierto a comprender es el fin último de esta entrevista y concretamente a quien beneficiaba.

>De todas formas creo que hizo usted bien en echarse atrás. Le deseo un buen regreso a su país, señor Zimmermann. Salude de mi parte al arzobispo Wolfgang Müller cuando tenga ocasión de verle personalmente.

.....

Al salir, la camisa no le llegaba al cuerpo. Telefonó una vez más a Lucía. Sin respuesta. Se encerró en la habitación del hotel. Recapituló otra vez. ¿Cruz de plata o camafeo? Podía ser una confusión del sacristán. ¿La entrevista preparada semanas atrás cuando no sabía de la existencia de Lo Manta hasta dos días antes? Podía ser un malentendido del chofer. ¡Pero el teléfono de Lucía fuera de servicio! ¡Ésto parecía imposible! Ahora que todas las piezas encajaban, él se resistía a reconocer la evidencia. En otro canal, un programa de tele basura y la canción de “*Bella senz’anima*” de Riccardo Cocciante que le penetró hasta los huesos.

No empezaría a sentirse seguro hasta la mañana del día siguiente, cuando el avión se elevase y Sicilia se hundiese en la distancia. De repente, en el telediario de las once vio una cara que le resultó conocida. El texto decía:

*“Al llegar esta noche a su casa, en Caltanissetta, el boss Ugo Zuppardo ha sido tiroteado recibiendo dos balas en la espalda y dos más en la pierna. Interrogado por la policía, Zuppardo ha declarado estar bajo el efecto del shock y no recordar nada.”*

Acompaña la información una foto con el *Boss* entre dos policías hecha en el momento de su detención. Hacía seis meses que había salido de la cárcel. No había duda alguna; era la foto de Ugo Pagano.

Terminaba la noticia: *“El atentado se inscribe en la lucha entre las facciones de Caltanissetta y la de Palermo por el control de las infraestructuras que se prevé efectuar próximamente en el puerto de Siracusa”*

¡Qué rápida había sido la reacción de Lo Manta!

Ulli no durmió en toda la noche. ¿Quién sería el siguiente? pensaba.

La respuesta, en el primer informativo de la mañana

*“Detenido por la policía el “truffatore tedesco” Ludwig Güring, acusado de haber intentado vender a unos americanos el edificio de la antigua cárcel borbónica de la Ortigia, perteneciente al Ayuntamiento de Siracusa”*

Camino del aeropuerto y una vez en el mismo Ulli pasó más miedo que nunca antes en toda su vida.

Transcurridos unos meses desde su regreso a Balingen, y cuando empezaba a sentirse más seguro, un día recibió un gran paquete, con un remite desconocido desde Verona. Por las dimensiones imaginó su contenido. No se equivocaba. Desgarró una de las esquinas. Era el cuadro de Santa Rosalía.

Imaginó que podía ser un paquete bomba pero pudo más la impaciencia. Lo desembaló con cuidado y sujeta al marco encontró una hoja de cartulina de color gris perla donde se leía un escueto “perdóname”, escrito con barra de labios.

En los años que siguieron muchas veces pensó en volver a Sicilia, pero nunca lo hizo.

*Joan C. Roca Sans. Siracusa. Lucía Luca y el arquitecto alemán.  
Octubre 2008*